

Querido amigo Maximiliano:  
Le recibí carta cuando me llega  
la felicitación por mis 37 años.  
Muchas, muchas gracias por su  
recuerdo amigable y nuestra comu-  
nicación en París y nuestra lucha nos  
ha unido pretamente.

Acabo de recibir noticia de Mado-  
nada en respuesta a mi carta. Es-  
ta bien de salud. Se juega y de la su-  
ja - Los años pasan y pesan. La mía  
es menos que me da coraje. La cabeza se  
dificulta aún, así que tengo a veces la  
junta de memoria; pero casi no puedo  
comer y no puedo andar. Acabaré  
alimentado como de líquido y en  
una silla de ruedas. Dios dará.

Deseo que se reflejen sus justas y  
demandas. Yo no oigo nada  
de un sueldo de director al Institut  
de Història de Espània. Si se decide  
ran a publicar me no podria ser  
Tengo que ayudar a mi pobre mujer que  
vine en las afueras con una hermana.

Se preocupan mucho las cosas  
de nuestra patria. Defendi la Repu-  
blica Feder del Pero ella implicaba  
igualdad de derechos entre todas  
las regiones.

¿Se lograra restablecer el orden y  
dominar a la ETA? Lo deseo vivamen-  
te; pero no se se alcanzara en  
nada.

Un cordial saludo a su mujer  
y para si un fuerte abrazo del  
muy mismo amigo  
Francisco Sanchez Alberty

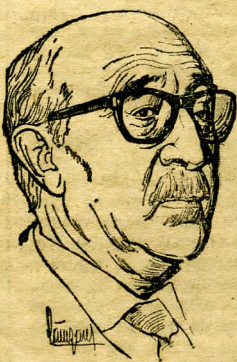


# Domingo Cultural

## DON CLAUDIO SE CONFIESA

Un reportero, es decir, un excelente periodista, como es Luis Otero, pudo fichar nada menos que en la primavera de 1975 a Claudio Sánchez Albornoz, para una serie importante de veras, de «Animales sagrados». Lo sorprendió más de medio año antes de la desaparición del general Franco. Viejo, pobre y solo, como un exiliado casi eterno, en el piso cuarto del número 1.481 de la bonaerense calle de Anchorena. Toda una proeza en aquellos tiempos. Y todo un riesgo la publicación de la fascinante entrevista.

No. Ahora, nuestro contacto con el gran medievalista español, gracias a los nuevos tiempos, no exige ningún sacrificio. El maestro Sánchez Albornoz,



Sánchez-Albornoz

que «volvió» del exilio únicamente unos días, para ayudar a consolidar nuestra reciente democracia en 1976, recibiendo a cambio algunas satisfacciones de las que había sido expoliado —su recibimiento en la Academia de la Historia, de la que en 1939 se le retiró su medalla de académico—, se confiesa en un libro —pues aunque siempre se declaró católico su edad

no le permite arrodillarse ni peinar sus ideas—, hace poco aparecido en *Selecciones Austral*, prologado eminentemente por Carlos Seco Serrano.

Libros así son los que necesitamos, como breviaros del espíritu, como itinerarios seguros para una andadura fértil. Y no tanto esa plétora irrefrenable de memorialismo que trata de todo y nada concreta, fijada al flujo de sensibilidades esquizofrénicas. Aunque el libro se llama «Confidencias», el término es justo si lo tomamos sin restricciones. Hay en él, asomándose aquí y allá, las grandes líneas ya conocidas de sus ensayos históricos —pieza bellísima «El sueño de una noche de verano», que rememora en términos de fantasía su polémica con Américo Castro—, su patriotismo, puestas una vez más de manifiesto —léase si no su «Secreto de confesión»— y, por supuesto, sus convicciones políticas y su concepto de la Historia como hazaña de la libertad y la libertad como hazaña de la Historia.

«Confidencias» rehabilita la atracción hacia Sánchez Albornoz, considerado en ocasiones poco ágil de estilo o demasiado encarnizado en sus polémicas. El carácter periodístico de algunos de sus trabajos, el énfasis autobiográfico y más tierno de lo que nos cuenta, girando siempre, eso sí, en torno a la Historia como anécdota que conduce inexorablemente a la categoría, confirma la belleza, la claridad, la madurez ejemplar de estas páginas, que podrían parecer papeles al viento, si Carlos Seco Serrano, como un excepcional cicerone no enmarcarse al maestro de la Historia en su lugar, dentro de su bonhomía y de su verdad. El que un día fuera presidente del Gobierno republicano en el exilio y el que otro día acudiese a la cita del Rey Don Juan Carlos al Palacio de la Zarzuela, es siempre el mismo, el insobornable amante de la democracia y de la libertad, cuya conducta es un modelo de coherencia y de amor a España.—  
Florencio MARTINEZ RUIZ.